CON LA FE Y LA RAZON DE DIOS EN UNAMUNO

POR

CARMEN CONDE

Me ha conmovido observar que hay una fecha común entre la vida de don Miguel de Unamuno y la mía: 1907. En ese año publicó él su primer libro de versos y en ese año nací yo. Alguna vez (y aunque me enorgullezca de ello, nunca supe comprenderlo) se me atribuyó influjo unamuniano poético; pero debo decir en justicia que nunca leí su obra lírica como para que dejara en la humilde mía sedimentos sólidos. Líricamente me formé con la nunca negada pasión juanramoniana y la no menor del incomprendido y maravilloso Gabriel Miró, levantino como yo. Algo existe, sin embargo, en lo que pudimos converger, cada cual desde su estatura: en el ansia, casi siempre angustiosa, de la eternidad. No de la inmortalidad de la obra o de la personalidad, que esto a mí no me ha preocupado nunca, porque, mucho más joven que él, he vivido en un mundo en el cual apenas si cuenta el presente; sí en la eternidad pura, desligada de todo y de todos, en cuyo mar invisible zozobran los espíritus que llevan sentido de su inmortal categoría: de la que no le debe nada al tiempo histórico y todo al de Dios.

Leyendo sus *Ensayos,* el que más profundamente me impresionó es el que dedica a la *soledad.* Porque allí palpita tumultuosamente el ansia trágica de la comunicación. Un poeta actual, nuestro Vicente Aleixandre, ha dicho que «la poesía es comunicación». Si esto es verdad íntegramente, toda la obra de don Miguel se empeña en comunicarse con la poesía como no es posible hacerlo con ningún ser humano. En una novela suya, *Nada menos que todo un hombre,* el amante alcanza la máxima desesperación comprobando que es imposible fundirse en la amada, ni ella en él, hasta constituir la unidad que llamaré unísona; es sólo en el *otro,* en el hijo, en donde confluyen ambos que se aman; en donde la trágica comunicación del amarse se hace criatura; pero criatura ya ajena a sus componentes.

Fe y razón en pugna son los argumentos principales o únicos de la obra de don Miguel. En la fe se mueven los mundos prodigiosos de la imaginación (Tulio Montalbán y Julio Macedo), que abarca hasta a los símbolos que son frontera entre una y otra. Todos los libros de Unamuno, todos, contienen poesía: comunicación. Las novelas, no tan conocidas como los ensayos y éstos más que sus poesías,

forman un universo de amplísima circulación poética. Dijo verdad, como siempre que habla de literatura y en literatura Dámaso Alonso, al afirmar que de la poesía de Unamuno más perdura «la impresión del aliento, de la fuerza poética del conjunto, que el recuerdo completo de algunas de sus composiciones». Ello obedece a la carencia voluntaria de ese gran recurso para la memoria que es la música de los versos con música. A don Miguel no le importaba, más bien detestaba la *música* poética. Para su recia envergadura espiritual, la poesía representaba escultura, talla vigorosa en la buena piedra del lenguaje, que es, en definitiva, el ánima íntegra humana. La forma del verso le era indiferente, no lo que el verso contenía. Cuando de la poesía—y esto ya me pertenece—se puede impunemente «cortar» algo sin que padezca el conjunto, es porque en realidad se podría prescindir de todo. Del todo. Lo que se le *corte* a la poesía como lo que se le ampute al ser ha de sangrar para que sea, en verdad, criatura cohesionada y viva. No eran, pues, las bellas palabras sujetas a música o simplemente musicales y hermosas las que buscaba él, gran arquitecto nunca contento del idioma empleado. Palabras que entrañaran ser, que constituyeran *hombre* condenado a muerte si amputado fueron las suyas en poesía y en prosa. Porque es imposible desgarrar al prosista del poeta Unamuno, ya que sólo por la forma gráfica de los textos puede establecerse la frontera física entre la una y la otra.

Nunca es llana y suave, apacible o lenta, la palabra lírica de don Miguel. Su apasionamiento vital infundía tempestad a lo que tocaba; y la poesía se doblegaba al impulso para convertirlo luego en rayo que fulminara lo que fulminaba.

Suele decirse que hombres como aquél tienen aspectos contradictorios, y puede ser cierto. Vivir sinceramente, abierta y anhelosamente, exige reaccionar ante múltiples cosas que se van completando en quien las recibe y entiende. Mas no es una contradicción en él, pongamos por ejemplo, la abundancia de tema religioso en su obra, ya que, por profundamente español, el ansia de divinidad le transía con frecuencia. Sus rumbos se encaminaban siempre hacia el origen; lo buscaban a través de ideas y de sentimientos, de criaturas y de cosas. Los símbolos le acosaban para que él descubriera su auténtico significado. Y tanto anduvo por esos calvarios del máximo descifre de los símbolos, que acabó siendo para todos un símbolo a su vez. Si Cervantes consiguió crear un mito que resultó símbolo de lo genuino español, don Miguel de Unamuno es por sí mismo el símbolo ibero más rotundo. Su obra es la consecuencia de su avasallante personalidad; no lo que él hizo para ser, sino lo que es porque él era. Que

es mucho mejor si se piensa. El haber sido toda su vida un símbolo, el haberse debatido entre sus superpobladas orillas como un río tremendo al que asfixian bosques y taludes de basalto, dió una obra. Y en esta obra de don Miguel de Unamuno reside lo más importante nuestro: él mismo, nuestro don Miguel.

Es norma cuando se habla de alguien que está muy por encima de nosotros, agarrarse a lo que dijeron otros mejor autorizados; pero en este caso mío no va a ser así. Corro voluntariamente el riesgo de exponer todas mis reacciones ante parte de la poesía de don Miguel, sin otra referencia que mi propia lectura. Al fin y al cabo ese 1907 me autoriza un tanto: cuando se nació a la vez que el libro de donde arranca la pasión lírica más formidable de nuestro tiempo, se puede una permitir decir lo que se siente por el autor de tal libro sin miedo a ninguna crítica. Ni al poeta que comento —con fiel amor— ni a mí nos importa la música literaria en nuestra expresión poética. Hay algo mucho más importante que el ritmo externo, que la gracia asequible, que el número en servicio de la palabra lírica: y ese algo es la autenticidad de lo que hay que decir, el contenido, la pasión, la tempestuosa locura incluso. Porque fuerza es reconocerlo: sin pasión, sin locura, no se puede sentir arrebatadoramente el sino humano; mucho menos hablarle o hablar de él; nunca rozarlo suavemente, con infinita delicadeza, con dulzura, porque el sino humano es el ardiente rayo y es la desolación; y es la dicha inmensa del cielo y es la negrura del infierno. Y es, sobre todos los purgatorios, el hombre mismo puesto a dialogar —monologar, ¡como bien sabía don Miguel!— consigo mismo.

Lo que más resalta de la poesía de Unamuno es su monólogo con Dios. Insisto en que el tema religioso de nuestra poesía obedece a un clima no ocasional, sino constitucional de los españoles vehementes. Ni él ni ninguno de los que vamos a su zaga podemos desligarnos de todo cuanto nuestra Historia ha impreso en nuestros espíritus. Nadie que sepa de España podrá olvidarse de que dió al mundo una literatura sin parangón posible: la mística. De la mística arranca muchas veces la poesía de don Miguel, y de la ascética, su monólogo purgatorial. No fué su Dios, el Dios ibero de don Antonio Machado también, un cómodo Dios dulce y sabroso al que confluímos porque así esté decretado desde el principio de los tiempos. Su Dios, nuestro Dios, admite la terca palabra quemante cuya finalidad sería, si El contestara, que nos dijera todo lo que ignoramos tan a pesar nuestro. A dos *Cristos* diametralmente opuestos en la apariencia se dirigió Unamuno para decirles cuanto pensaba y sentía como quien él era:

el de Velázquez, el más conocido de todos y el más amado, y el de las Claras, de Palencia, el tremendo Cristo que apasiona a los menos.

El monólogo de don Miguel ante los símbolos de la divinidad entrañaba proclamante discurso para la humanidad entera. Sus soliloquios poéticos constituyen doctrina filosófica apta para quienes ansían romperse la corteza aisladora contra las otras cortezas del pensamiento o del mundo. Tenía, sí, lo reconocemos y se la admiramos, una soberbia magnífica ante la mediocridad y el conformismo de los hombres sin nervio para la rebeldía. Pero nunca opuso aquella noble soberbia a la ahincada comprensión de lo que está más allá de la razón, de lo que entraña fe sencilla y pura. Su querer entender batallaba por si entre la sangre de las heridas fluía, por fin y por qué no, la luz. La luz. Los que, libres de inquietudes, han reprochado a don Miguel una pretendida falta de fe cristiana, eran unos insensatos; los que, por no ser creyentes, pudieren extrañarse de su tumultuoso religiosismo, son inconscientes. Toda el alma de Unamuno hervía divinidad. Y el ente de razón, el soliloqueante poeta ante los *Cristos* trataba con la idea y con la sangre de penetrar en lo infinito. Sueños, imaginaciones, rasgones de realidad en pugna con la lírica afluyen al caudal principal de su estro. Los críticos, saludables faros de la historia, señalan y precisan hitos unamunianos. Los poetas nos limitamos a agradecerle aquella telúrica voz suya que golpeó en los cielos indescifrables para provocar una llama que arrase íntegramente todo lo que se les oponga.

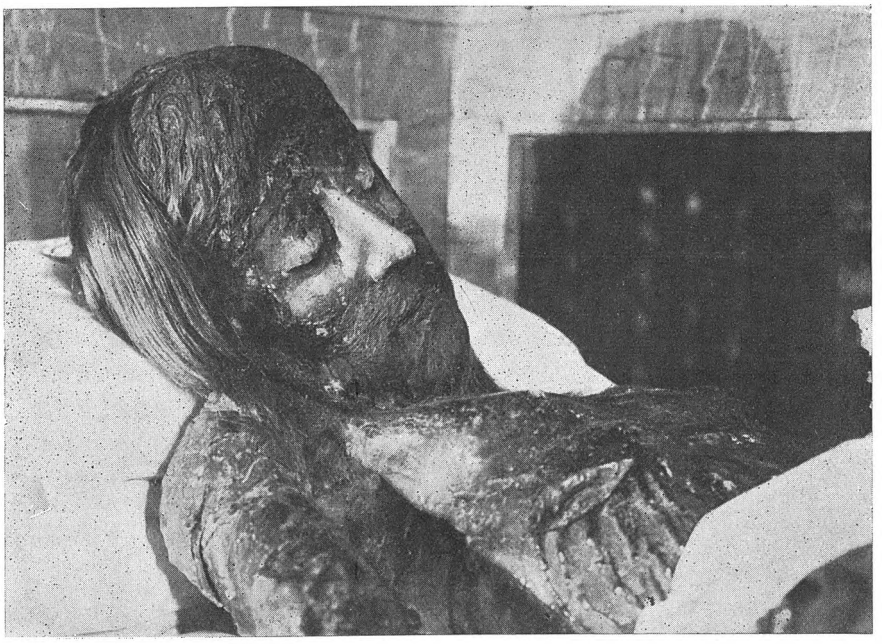
Paseando por *su Salamanca,* guardando silencio en su casa —monumento para los incondicionales de su obra—, dialogando con su dulce hija Felisa, yendo al cementerio a dejarle una flor en la tumba, pronunciando la oración que se le debe siempre a su memoria, he sentido el escalofrío de lo inmutable. Fresca guardo su lejana presencia en una primavera de Murcia, paseándonos Antonio Oliver y yo con él a lo largo de las calles y del Malecón frutal de tan hermosa «alquería» (como don Miguel la llamara), cuando allí le llevaron como mantenedor de unos juegos florales. No le gustaba a él la escultura de Salzillo, el imaginero ítalo-murciano que durante el siglo XVIII realizó una labor prodigiosa para los altares de aquella provincia. ¿Cómo iba a gustarle a don Miguel el gesto dulce, resignado o ambiguo, o sencillamente *realista tranquilo,* de las imágenes salzillescas, en las cuales hasta sus momentos más dramáticos se invisten de paz mediterránea fresca, de palmerales y de brisas? No, a Unamuno no le podían impresionar los Salzillos. Para sus ojos valían más los Cristos desgarrados, «existencialistas», de la imaginería castellana. Creo que la Capilla Sixtina del arte religioso español que es Valladolid, sí

tendría significación para el maestro, como la tuvo nada menos que el indescriptible Cristo de Palencia.

Buscando en la poesía española el tema de mayor envergadura, el que enfrenta al poeta consigo, cara a cara (la invisible del alma y la que él sabe que lleva ante los otros), fatalmente abocamos al tema de Dios y de la eternidad. Si comparamos este tema entre poetas diferentes, recordaremos al Dios de J. R. J. y al de don Antonio Machado frente al de Unamuno. Para J. R. J., *su Dios* fué, durante muchos libros, una sublimación de J. R. J. mismo. Para don Antonio, el querido e inolvidable don Antonio Machado, una conciencia que nos habita reposadamente, que sabemos llevamos dentro y que nos impregna la voz como la flor de su perfume al agua que la contiene erguida, sin confundirse nunca. Hablaban J. R. J. y A. M. con su Dios (el «más allá de J. R. J.» y el «Ibero») en un lenguaje discriminatorio o reposado, ¡pero don Miguel!...

Aquel vigoroso espíritu se dirigió a Dios usando de lenguaje conminatorio; de humana lengua, caliente de ansia, con toda la resequedad de la sed eterna. Un agua quiere subir tan alta como es el nivel de que procede. ¡Así, el afán de Unamuno! Cuando aprendimos la extraordinaria solemnidad de la angustia, no olvidaremos que solamente se angustian los hombres que buscan la eternidad; que es, como aseguró (lo dijo Kierkegaard) Constantino Constantius, «verdadera repetición». Gravedad equivale a eternidad, ante la cual el alma del poeta se sitúa dignamente desesperada. Unamuno sí quiso pensar gravemente en ella, aunque se angustiara. No buscó esos cien escapes de que nos hablara Sören Kierkegaard, sino que la abrazó, se rodeó de ella y, como un hombre que en plenitud creadora detuviera su vitalidad para saber de qué vino y cuál será su remanso, pregunta y pregunta sin cesar: ¿Dónde está Dios? ¿Quién es Dios? ¿Por qué es Dios? ¿Dios no es acaso consecuencia del instinto de la inmortalidad? La muerte, ¿no es que Dios cesa de soñarnos? Esta exclamación del protagonista de la novela *Niebla,* de don Miguel, parece hermana de la pregunta que se hacía el filósofo danés: «¿Sueño yo o es la eternidad quien sueña conmigo?»

No podrá nunca el mundo místico reprochar a don Miguel que no alentara su vida entera por descifrar el inextricable misterio cósmico. Ni siquiera el afán torrencial de los siglos XV y XVI encerró semejante resuello agónico. Unamuno no estuvo tocado de la gracia; por eso su lucha era ininterrumpida, transida de dolorosas contradicciones. Carecía de fe sencillamente sentida, de fe por inspiración, que es la que llamó Hegel «certeza interior que anticipa la infinitud». Aquellas almas apasionadas de los XV y XVI, aunque se esforzaran



Cristo yacente, del Convento de las Claras, Palencia (España)

por medio de la vida ascética para lograr la gracia, estuvieron asistidas por la sencilla fe, reposo holgado de su angustia. Leyendo los densos libros de la mística española, no encontramos en ellos la tremenda angustia de Unamuno, que, sin embargo, también era un místico.

¿Por qué? Acaso porque aquellos espíritus habían dimitido su voluntariedad; sólo existían como antorchas votivas. Mientras que nuestro don Miguel, en madura vida activa, abierto a todos los afanes del mundo, humano que arañaba las cortezas humanas furiosamente para descubrir lo que ocultaban, vivió cien vidas en la suya. La más espiritual, la que recalaba en las playas de la eternidad, fué aureola que consumió vorazmente al hombre. Pero el delirio de alcanzar a Dios lleva al poeta en sus *Salmos* (1907) a pedirle como no se oyera pedir nunca:

Quiero verte, Señor, y morir luego,
morir del todo;
pero verte, Señor, verte la cara,
¡saber que eres!
¡saber que vives!

Esto no es una seguridad, es la invitación a resolverle una duda. Mientras no acontece el milagro se vive muriendo; después, ya *se morirá del todo.* Es preciso que Dios enuncie su corporeidad, que ofrezca al hombre lo que el hombre puede ver. Después debió escribir el soneto donde le pide que luche con él y que le diga su nombre...

Señor, no me desprecies y conmigo
lucha; que sienta al quebrantar tu mano
la mía, que me tratas como a hermano,
Padre, pues beligerancia consigo

de tu parte; esa lucha es la testigo
del origen divino de lo humano.
Luchando así comprendo que el arcano
de tu poder es de mi fe el abrigo.

Dime, Señor, tu nombre, pues la brega
toda esta noche de la vida dura,
y del albor la hora luego llega;

me has desarmado ya de mi armadura
y el alma, así vencida, no sosiega
hasta que salga de esta senda oscura.

No era posible que Unamuno sintiera de otra manera la divinidad. Todo era lucha en su mundo, y es con Dios precisamente con quien

sostiene el máximo forcejeo. Otro soneto suyo abrasa los ojos del lector como abrasara el alvéolo donde se engendrara:

Querría, Dios, querer lo que no quiero;
fundirme en Ti, perdiendo mi persona;
este terrible yo por el que muero
y que mi mundo en derredor encona.

Si tu mano derecha me abandona,
¿qué será de mi suerte? Prisionero
quedaré de mí mismo; no perdona
la nada al hombre, su hijo, y nada espero.

«¡Se haga tu voluntad, Padre!», repito
al levantar y al acostarse el día,
buscando conformarme a tu mandato;

pero dentro de mí resuena el grito
del eterno Luzbel, del que quería
ser, ser de veras, ¡fiero desacato!

Quería querer lo que no quiere: perderse en Dios; anular allí la persona terrible que le empuja a la controversia perpetua; la que acucia sus monólogos acerca de la Nada, origen, y de la que no quiere ser nuevamente. ¡Rebeldía que fieramente desacata las leyes inmutables!

Irreverente imprecación abre la «oración del ateo», trazada con amor tan exaltado que no podrá igualar otro poeta, más ortodoxo y menos amoroso, si se me permite la expresión.

Oye mi ruego Tú, Dios que no existes,
y en tu nada recoge estas mis quejas,
Tú que a los pobres hombres nunca dejas
sin consuelo de engaño. No resistes

a nuestro ruego, y a nuestro anhelo vistes
cuando Tú de mi mente más te alejas,
más recuerdo las plácidas consejas
con que mi alma endulzóme noches tristes.

¡Qué grande eres, mi Dios! Eres tan grande
que no eres sino Idea; es muy angosta
la realidad por mucho que se expande

para abarcarte. Sufro yo a tu costa,
Dios no existente, pues si Tú existieras
existiría yo también de veras.

Ha de oír la Nada, el Dios que no existe... fuera del ámbito de su pecho. La embriaguez del ensueño —única prueba de lo eterno— juntaría al que lo hizo y al hecho. Dios se sale de posibilidades sensibles: es idea. Pero si la idea del hombre fueron luego hombres que a cada paso más se alejan de quien los pensó, la idea de Dios está estática: gira en torno de sí misma; se contempla y envía mensajes de su belleza a los desterrados orantes.

Que tiene sed de Dios, lo confiesa con idéntica firmeza que cuando sólo —aparentemente— lo negaba:

Sed de Dios tiene mi alma, de Dios vivo;
conviértemela, Cristo, en limpio aljibe
que la graciosa lluvia en sí recibe
de la fe. Me contento si pasivo

una gotica de sus aguas libo,
aunque en el mar de hundirme se me prive,
pues quien mi rostro ve —dice— no vive,
y en esa gota mi salud estribo.

Hiéreme frente y pecho el sol desnudo
del terrible saber que sed no muda;
no bebo agua de vida, pero sudo,

y me amarga el sudor, el de la duda;
sácame, Cristo, este espíritu mudo;
creo, Tú a mi incredulidad ayuda.

Mas tampoco entonces se basta a sí mismo. Necesita que Cristo le ayude. El sistema newtoniano de sus preocupaciones tiene como centro a Dios mismo, alrededor del cual ruedan las almas sosteniéndose, ayudándose con hierros o con púas, nunca con suavidades célicas, las unas a las otras.

¡No quiere más dudar! ¿Por qué no descendería a su corazón turbulento la dulce claridad que nunca acaba? La tierra castellana no sustentó otra verticalidad que con más huracanes combatiera, ni que falta de sosiegos con mayor pasión se ahincara a ella, queriéndola juntar con el cielo. Pero al cielo no iban los brazos con manos suaves que lo musicaran de halagos rendidos: iban como garfios que tiraran de su lienzo tembloroso, mientras el suelo calcinado empujaba la figura hacia arriba.

Como otro poeta muy amado, Unamuno se dirige constantemente al Dios de España. Nuestro sentido místico se trasvasa a todas las empresas nacionales. ¡La idea de Dios —su existencia verdadera para

el poeta—en España ya consiguió *su Dios* propio! Y a él, como al más preclaro numen de la raza, se dirige ahora:

Sólo las patrias son la gran escuela
del ideal de la hermandad humana,
pues de las patrias es de donde emana
la fe en nuestro destino, la que apela

al Dios de todos. Aunque su faz vela
del Sinaí en las nubes. El se allana
a dar sus tablas a Moisés, y arcana
antes su ley, en patria se revela.

¡Oh Dios de Covadonga y Roncesvalles,
Dios de Bailén, Señor de nuestra hueste!,
que tu nombre por tierras y por valles

bendiga de esta España y la celeste,
y en confesarte único no acalles
mi voz mientras su aire ella me preste.

Entre tantas luchas, la esperanza de la muerte ofrece una visión paterna de Dios. Es el instante único, cuando en sus manos dejamos corazón y cabeza para dormir sin fin:

Cuando, Señor, nos besas con tu beso,
que nos quita el aliento, el de la muerte,
el corazón bajo el aprieto fuerte
de tu mano derecha queda opreso.

Y en tu izquierda, rendida por su peso
quedando la cabeza, a que revierte
el sueño eterno, aún lucha por cogerte
al disiparse su angustiado seso.

Al corazón sobre tu pecho pones,
y como en dulce cuna allí reposa,
lejos del regio mar de las pasiones,

mientras la mente, libre de la losa
del pensamiento, fuente de ilusiones,
duerme al sol en tu mano poderosa.

En otros momentos hablará *de* Dios, no *a* Dios. Son aquellos en que va nombrándolo Cristo: el de las Claras, de Palencia, y el de Velázquez. Entre ellos cuenta una profunda evolución de su sentimiento cristiano, y un erudito llamó al segundo «tratado de cristología hispánica». Cierto que en él no se respira ya la angustia de búsqueda

insaciable que en sus sonetos, por ejemplo. Aquí el poeta se enfrenta con un hombre como él, que logró la cima de la divinidad, y tal hallazgo le sirve de consuelo, de apaciguamiento.

¡Siempre su ardoroso monólogo! Al Cristo de tierra y al Cristo de luna, su tortura se dirige con diferente emoción. El que pintó Velázquez, ya muerto, ya sólo cuerpo pendiente del madero, sin queja, sin resuello, sin mirada, velando (que es lo que Unamuno llama a la muerte), le produce un sobrio recogimiento, una voz plena de humanísimo acento, que es, al fin, ensueño y amor tibios por Dios. ¡Porque es que a Cristo *lo ve!* Velázquez, que es los ojos del pueblo español, del que tiene su Dios propio, se lo enseña por orden del Padre. Las memorias de millares de criaturas se le encienden en su memoria. Y no es necesario pedir ya la cara de Dios, que se halla mirando la apagada faz del Crucificado, como cuando miramos al sol le seguimos viendo después de quitarle nuestros ojos. No obstante, el sentido polémico le obliga a sobresaltar su contemplación:

¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
.....
Miras dentro de Ti...
.....
Tú salvaste a la muerte.

Y en el hermoso canto de *Alma y Cuerpo*, ¡qué inefable sabiduría la suya adivinando que el alma de Cristo mira a su cuerpo muerto desde fuera de su recinto y añora su hermosura, las lindes de su coto, queriéndosele restituir para abarcárselo! Al fin, una somera recapacitación sobre la vida de muerte:

Oír llover no más, sentirse vivo;
el universo convertido en bruma,
y encima mi conciencia como espuma
en el pausado gotear recibo.

Muerto en mí todo lo que sea activo,
y mientras toda visión la vida esfuma,
y allá abajo la sima en que se suma
de la clepsidra el agua; y el archivo

de mi memoria, de recuerdos mudo;
el ánimo saciado en puro inerte;
sin lanza y, por lo tanto, sin escudo,

a merced de los vientos de la suerte;
este vivir, que es el vivir desnudo,
¿no es acaso la vida de la muerte?

No es posible encontrar menos olvido de la vida que en esta vida de la muerte. La paz exterior, las aguas que hilo a hilo irán llegando a su estatua en devenir de tierra absoluta, aunque húmeda, no son sino el fondo sobre cuyo óleo serán prendidas las tintas fantasmales —pero existentes— de la mente que exhala su paisaje de recuerdos...

Cristiano, sí, un cristiano tan arrebatado nuestro don Miguel, que ha debido alcanzar el Infinito. Mas por *cristiano* concreto, sin abstracciones que velaran su percepción del Hombre-Dios, he aquí cómo se puso a hablarle al Cristo yacente de Santa Clara, de Palencia:

Este Cristo inmortal como la muerte
no resucita; ¿para qué?, no espera
sino la muerte misma.
De su boca entreabierta,
negra como el misterio indescifrable,
fluye hacia la nada,
a la que nunca llega,
disolvimiento.
Porque este Cristo de mi tierra es tierra.

Dormir, dormir, dormir..., es el descanso
de la fatiga eterna,
y del trabajo de vivir que mata
es la trágica siesta.

.....

Cristo que, siendo polvo, al polvo ha vuelto;
Cristo que, pues que duerme, nada espera.

.....

Este Cristo cadáver,
que como tal no piensa,
libre está del dolor del pensamiento,
de la congoja atroz que allá en la huerta
del olivar al otro
—con el alma colmada de tristeza—
le hizo pedir al Padre que le ahorrara
el cáliz de la pena.

.....

¿Y cómo ha de dolerle el pensamiento
si es sólo carne muerta?

.....

No es este Cristo el Verbo
que se encarnara en carne vividera;
este Cristo es la Gana, la real Gana,

que se ha enterrado en tierra;
la pura voluntad que se destruye
muriendo en la materia;
.....

Este Cristo español que no ha vivido,
negro como el mantillo de la tierra,
yace cual la llanura,
horizontal, tendido,
sin alma y sin espera,
.....

Cuando agotó el asfixiante caudal de la angustia *existencial* que le causa aquel tremendo Cristo nunca vivo, acaba, exhala, grita con el amor de un auténtico enamorado de la Luz:

¡Y Tú, Cristo del cielo,
redímenos del Cristo de la tierra!

Castilla, 1961.

Carmen Conde
Ferraz, 71, 6.º B
MADRID